

Patricia Osante
Rosalba Alcaraz Cienfuegos

Nuevo Santander 1748-1766

Un acercamiento al origen de Tamaulipas

México

Universidad Nacional Autónoma de México,
Instituto de Investigaciones Históricas/Instituto
Tamaulipeco para la Cultura y las Artes, Gobierno
Municipal de Victoria

2014

196 p.

Fotografías y mapa

ISBN 978-607-02-6252-4

Formato: PDF

Publicado en línea: 8 de septiembre de 2016

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/nuevo/santander.html>



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

DR © 2016, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



3

Los primeros españoles en el Seno Mexicano



LOS CONQUISTADORES

Después de fundada la Nueva España, y a raíz de la expedición de Juan de Grijalva, en 1518, la región del Pánuco cobró marcada importancia para los españoles, como puesto de avanzada o de repliegue, por su ubicación estratégica al norte de la frontera cultural mesoamericana. Las costas del Golfo de México o Seno Mexicano empezaron a ser recorridas y exploradas por Francisco de Garay, Hernán Cortés y Nuño de Guzmán, con la intención de extender el dominio del imperio español hasta la región conocida como Río de las Palmas, hoy Soto la Marina.

Para tratar de conquistar y poblar esa porción del Seno Mexicano, las autoridades coloniales se valieron también del interés que mostraban algunos españoles por obtener el gobierno o ciertos cargos importantes en Pánuco. Pedro Méndez de Avilés fue uno de

estos hombres; a él, a cambio del gobierno de esa provincia, se le recomendó fundar una población entre la Florida y el Río de las Palmas. Sin embargo, ninguna de las expediciones efectuadas a lo largo del siglo XVI contó con las condiciones favorables para lograr su objetivo, y sus hombres se retiraron o sucumbieron frente a los ciclones que azotaban el territorio durante el verano o debido a los fuertes vientos procedentes del norte durante el invierno. Otro motivo que obligó a los españoles a abandonar pronto la idea de poblar esas tierras fue la violenta resistencia que sostuvieron los grupos indígenas contra la presencia de los extranjeros.

Sin poder establecer ninguna provincia en el Seno Mexicano, los conquistadores tuvieron que conformarse con el Pánuco y pelearse entre ellos por el gobierno de ese territorio y por el control y la explotación de los indios que lo habitaban. Aunque, en 1523, los huastecos se sublevaron debido a los abusos cometidos por los soldados de Hernán Cortés y de Francisco de Garay, y tres años más tarde se enfrentaron a Nuño de Guzmán, quien, en calidad de gobernador del Pánuco, se dedicó a la venta de esclavos indios como la actividad económica más importante. Por la ausencia de recursos minerales y la escasez de artículos para la subsistencia en el Pánuco, el gobernador autorizó el tráfico a gran escala de esclavos indios, que eran enviados a las Antillas a cambio de caballos y ganado para equipar a la tropa, así como de otros beneficios insignificantes.

Asimismo, Nuño de Guzmán, transgrediendo las Leyes de Indias, que sólo autorizaban convertir en esclavos a los sublevados, organizó expediciones para la cacería de los nativos del Pánuco y del Seno Mexicano, conocidas como mariscadas, en las que eliminaban tanto a los rebeldes que se oponían a la captura como a los ancianos y los enfermos. Obviamente, esta práctica produjo una reducción de la población indígena. Según cálculos de Nuño de

Guzmán, durante el tiempo que ocupó el cargo de gobernador del Pánuco, fueron capturados quince mil aborígenes, de los cuales diez mil fueron enviados a las Antillas.

Aunque a Nuño de Guzmán se le sometió a juicio de residencia y a prisión por esos actos cometidos en contra de los indios, el comercio de esclavos continuó. Por ejemplo, Luis de Carvajal, gobernador del Nuevo Reino de León, estableció una estrategia para dar legalidad a la cacería de naturales, principalmente del Seno Mexicano; hostigaba constantemente a los indios para que se rebelaran y se pudieran organizar expediciones militares para castigarlos y supuestamente pacificarlos. Sin embargo, el destino de los indios atrapados en esas acciones militares fue el trabajo en las minas de Zacatecas, las Antillas, Coahuila y Nuevo Reino de León.

Después de la salida de Carvajal, los abusos de autoridades y vecinos del Nuevo Reino de León contra los indios del Seno Mexicano se encubrieron con las llamadas congregas, acciones con las que supuestamente se les protegía. Es decir, hacían creer que los indígenas serían instruidos en la fe cristiana y en la vida social de sus “protectores” y que, a cambio de trabajo, les darían cobijo y alimento. En realidad, las expediciones militares de castigo se transformaron en caravanas dedicadas a recoger indios en los montes, por la fuerza o con engaños, para incorporarlos a las actividades económicas de la provincia como mano de obra cautiva y gratuita.

Estas prácticas provocaron que algunos grupos de indios asentados en la parte sur del territorio destruyeran poblaciones y cometieran robos y crímenes, fomentando la zozobra que padecían los colonos por las incursiones de recolectores-cazadores. Para acabar con esta situación, las autoridades virreinales acordaron suprimir el sistema de congregas y enviar al Nuevo Reino de León a Francisco de Barbadillo Victoria, alcalde de la Real Sala del Crimen

de la Audiencia de México, para que combatiera los excesos y estableciera pueblos de indios para lograr la pacificación y reducirlos, y acabar así con las hostilidades.

No obstante, la tranquilidad duró sólo unos meses, mientras el alcalde permaneció en el Nuevo Reino de León, pues las matanzas y ventas de indios continuaron una vez que éste salió de aquella provincia.

LOS MISIONEROS

La labor misional emprendida en el Seno Mexicano desde los años cuarenta del siglo xvi, al igual que el avance de los conquistadores españoles, no tuvo la suerte de consolidarse. De hecho, en el extenso territorio sólo fue posible establecer misiones en la Sierra Gorda, al suroeste de la comarca, y en la Huasteca occidental. Por una parte, la congregación de indios fue siempre limitada y accidentada; además, el establecimiento de las misiones dependía de los avances o retrocesos de los pobladores, quienes permanecían en el territorio de acuerdo con sus intereses económicos y su seguridad. Por otra, las misiones eran abandonadas al poco tiempo de ser erigidas, debido a que los frailes no contaban con protección militar frente a los ataques indígenas.

El primer religioso que llegó a la Huasteca fue fray Bartolomé de Olmedo, de la orden de Nuestra Señora de la Merced, quien desempeñaba el cargo de capellán de la expedición de Hernán Cortés durante el recorrido que se llevó a cabo por esa región. Sin embargo, los primeros frailes que empezaron a evangelizar a los indios del territorio fueron los agustinos. Entre éstos sobresale la figura de fray Juan de Estacio, prior del convento del Pánuco, quien, aun cuando no recorrió el Seno Mexicano para efectuar la evangelización, tiene un lugar muy importante en el poblamiento por haber

sido uno de los primeros religiosos que se encargaron de difundir la fe del cristianismo entre los huastecos. Años antes, fray Juan de Sevilla llegó a la Huasteca para servir como primer padre guardián del convento de Tulancingo. Otros agustinos que visitaron esa región durante la década de los años cuarenta del siglo xvi fueron fray Nicolás de San Paulo y fray Cornelio de Bye. Este último realizó su labor evangelizadora en algunos lugares ubicados al noreste del Pánuco, en lo que hoy es Ciudad Mante.

Fray Juan de Mesa y fray Antonio de Roa estuvieron también en tierras huastecas. El primero de ellos ha sido considerado como el “único predicador de aquellos indios, después del padre Olmos”. El segundo fue prior del convento de Pánuco y, al parecer, pudo haber evangelizado a los indígenas que habitaban cerca del actual Ocampo, Tamaulipas.

Muy importante fue también la participación de los misioneros franciscanos en el Seno Mexicano. La presencia y actuación de fray Andrés de Olmos y de fray Juan Bautista de Mollinedo fueron notables. Olmos fue el primer religioso de la orden de San Francisco que se empeñó en la cristianización de los naturales de la parte sur del Seno Mexicano, y su labor misional se remonta al primer tercio del siglo xvi, en el poblado huasteco conocido como Tampico, situado en la ribera derecha del río Pánuco, cerca de Ciudad Cuauhtémoc o Pueblo Viejo, Veracruz (a lo largo de la obra nos referiremos a este Tampico). Ahí, el franciscano erigió una iglesia y un convento, los cuales con el tiempo se convirtieron en la custodia de San Salvador de Tampico, cuya cabecera más antigua debió ser la villa de San Luis Obispo de Tampico. Pero Olmos llevó también el evangelio por una parte del Seno Mexicano y por la porción nororiental de San Luis Potosí.

Los planes de Olmos eran crear una sociedad cristiana en aquel mundo hostil al dominio español; para ello, trajo de la Florida, de

un sitio hasta hoy indeterminado, a un grupo de indios conocido como los olives, “de tez blanca, pelo bermejo, altos, que saben cultivar la tierra”, para fundar con ellos el pueblo de Tamaholipa. Como es de suponer, como pueblo sedentario su presencia serviría de estímulo y referencia a los grupos de recolectores-cazadores que vagaban por esa región.

Una vez establecido el pueblo de Tamaholipa, hacia la década de los años cuarenta del siglo xvi, se construyó la misión y el convento de Nuestra Señora de la Pura y Limpia Concepción, cuyo primer custodio fue el padre Olmos, bajo la jurisdicción de la custodia de San Salvador de Tampico. Más tarde, ya iniciado el siglo xvii, la cabecera de la custodia fue trasladada a Tamaholipa, pero años después, a mediados de ese mismo siglo, fue transferida a la villa y misión de Santiago Menor de la villa de los Valles (hoy San Luis Potosí).

En cuanto al gobierno político de Tamaholipa, en principio perteneció a la alcaldía mayor del Pánuco y Tampico. Por lo general fue un corregidor, apoyado por los capitanes indígenas, quien se encargó de resolver todos los asuntos de la población. Sin embargo, parece que durante un corto periodo pudo haber sido administrada por un encomendero. De ser así, Tamaholipa sería el único lugar en todo el Seno Mexicano donde se dio el sistema de encomienda.

Tamaholipa formó parte del Nuevo Reino de León durante el gobierno de Luis de Carvajal y de la Cueva, pero gracias a una real resolución de Felipe IV, se confirmó la jurisdicción del Pánuco sobre esta población, que había sido concedida desde los primeros años del siglo xvi por el virrey conde de Monterrey.

Hacia finales del siglo xvi, Tamaholipa contaba con trescientas casas amuralladas y con vigilantes para protegerlas de los indios pasitas que habitaban en la región y de los janambres provenientes

de la Sierra Gorda. Ahí fueron congregados más de seiscientos indígenas de varios grupos, pero predominó el de los olives. Estos indios se dedicaron a extraer de las minas del Potrero de la Concepción y de San Andrés “mineral de plata con ley de oro”, que se beneficiaba en el real de Guadalcázar y en México. Por una parte, los olives fabricaron, las campanas y otros ornamentos religiosos para el culto religioso de su localidad. Por otra, además de cultivar maíz y maguey, entre otros productos que utilizaban para su consumo, se dedicaron a la explotación de la sal de las salinas conocidas como de los Olives. Este fue el único grupo al que se le permitió el uso de armas de fuego y montar a caballo.

Muy pronto el pueblo de Tamaholipa se convirtió en un importante centro de expansión colonial en el noreste novohispano. Ahí llegaron, desde principios del siglo xvii, viajeros y exploradores procedentes del Nuevo Reino de León, para asentarse en sus inmediaciones o para establecer la comunicación y el comercio con la Huasteca. No obstante, debido al asedio de los indígenas, durante la primera mitad del siglo xviii, los olives abandonaron el pueblo para trasladarse al paraje de San José, en el poblado huasteco de Tancasneque, a aproximadamente cuarenta kilómetros del Pánuco. Los olives que lograron sobrevivir a la destrucción de Tancasneque formaron parte de la ciudad de Horcasitas, fundada por José de Escandón.

Por su parte, fray Juan Bautista de Mollinedo y fray Juan de Cárdenas, este último fundador del convento de Río Verde, fueron los principales franciscanos promotores de la reducción indígena en una pequeña porción del Seno Mexicano. Juan Bautista de Mollinedo fundó San Antonio de Tula, el segundo pueblo-misión del territorio. En un periodo de diez años, él y otros misioneros congregaron y evangelizaron, principalmente, a los indios pames y piones que habitaban en los altos valles y en las laderas

de la Sierra Gorda o Sierra Madre Oriental, al suroeste del Seno Mexicano.

Asimismo, Mollinedo propuso a Felipe III, rey de España, un interesante proyecto para evangelizar y colonizar el territorio, que contemplaba un plan escalonado de fundaciones desde la Sierra Gorda hasta el río de las Palmas (Soto la Marina), con el fin de integrar esa región al resto de la Nueva España, pues era consciente de los beneficios que la colonización del Seno Mexicano traería al imperio español. Empero, la idea del franciscano no fue atendida por el gobierno español, por lo que viajó a España para solicitar directamente el apoyo que requería para poner en marcha su proyecto integral, misional y colonizador.

El fraile franciscano fue escuchado en la corte española y fueron enviados trece misioneros para reforzar y extender la labor misional, pero debido a la repentina muerte de Mollinedo, durante su estancia en Madrid, resultó imposible continuar con el programa evangelizador. Los religiosos que quedaron a cargo de éste se limitaron a realizar su labor en la región huasteca ya conocida. Sin embargo, fray Juan Bautista de Mollinedo sentó las bases para que, casi siglo y medio más tarde, José de Escandón, quien sin duda conoció el proyecto, realizara su sueño, pues las fundaciones propuestas por el franciscano fueron las mismas que el coronel Escandón estableció durante la primera etapa colonizadora del Nuevo Santander.